

Lev Tolstói: el bien y la pobreza

Tatiana Sorókina*

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es vislumbrar la complejidad psicológica y ética de la pobreza que, por lo regular, se olvida en los estudios contemporáneos. Se examinan los ensayos de Lev Tolstói a partir de los cuales se demuestra que, en la actualidad, sus consideraciones sobre la problemática de la pobreza son de suma importancia. A partir de la interpretación de tres ensayos del gran escritor ruso del siglo XIX, se pretende mostrar que el tema puede ser abordado desde un enfoque filosófico-moral.

PALABRAS CLAVE: pobreza, vida y bien, ética, psicología.

ABSTRACT

Lev Tolstói: poverty and good. The objective is to discern the psychological and ethical complexities of poverty that is usually forgotten in contemporary studies. Lev Tolstói essays are reviewed in which it is shown that its views on the problems of poverty are of eminent importance. From the interpretation of three essays of the great nineteenth century Russian writer, it is shown that the issue can be accessed from a moral-philosophical approach.

KEY WORDS: poverty, life and good, ethics, psychology.

OBERTURA

El tema de la pobreza siempre es actual y, parece, nunca se extinguirá. La realidad, que se encuentra lejos de ser grata y satisfactoria para las multitudes, lo nutre sin cesar. Es obvio que siempre han existido diferentes maneras de aproximarse a este tema. En la actualidad, las que encabezan las pesquisas son las científicas, particularmente de las disciplinas económico-sociales.

* Profesora-investigadora en el Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

Desde la modernidad, la ciencia tiene gran influencia sobre sociedades enteras. Basadas en un conjunto de métodos específicos, las reflexiones científicas sobre la pobreza crean un ambiente y un sentido común poco alentadores; además, sus resultados caen en las manos de los *mass media*. En el espacio mediático, el discurso disciplinario se convierte en una verdadera divulgación de un sentimiento altamente negativo y, sobre todo, de frustración frente al problema.

La imagen social de lo que representa la pobreza merma todavía más por la forma de su inspección y análisis. Por lo regular se realizan procedimientos comparativos –predominantes en las investigaciones sobre el tema– en el intento de explicar el fenómeno y sus niveles, a tal punto que se incrementan y enfatizan las distancias entre las necesidades y riquezas, entre las insuficiencias y acumulaciones. Cuando se trata de carencias económicas, en un extremo, y abundancias (o, incluso, exuberancias), en el otro, se olvida de lo relativo de éstas desde un punto de vista pragmático. Cuando se habla de estos extremos, se refiere, sobre todo, al aspecto material de la vida humana.

En este caso, el *logo* como constructo social se deriva de una observación directa de las condiciones de vida. La concepción de la pobreza emerge de la práctica real y refleja los periodos coyunturales. Entonces, la pobreza se estudia y se enfrenta como un hecho concreto y medible en su apreciación.

Al mismo tiempo, el vector relacional hecho → *logo* puede ser observado desde una perspectiva invertida. Es precisamente el discurso el que construye la realidad y los hechos. Así, el hambre y la carestía, al ser conceptualizados, se plasman a la vida mediante expresiones formadas y argumentadas en los discursos. El sofisma discursivo sobre la pobreza se muda a lo empírico como una *praxis* negativa, abrumadora y angustiante; la verdadera fantasmagoría terminológica no sólo define, también guía el suceso de la pobreza: “los hombres (dice una antigua sentencia griega) están atormentados por las ideas que tienen de las cosas, no por las cosas en sí”.¹

¹ Michel de Montaigne, *Maestro de la vida*, Madrid, Debate, 2000.

El término² *pobreza* no puede tener una semántica denotativa, en otras palabras, imparcial o “fría”, a pesar de que el modo científico de explicar el mundo debe ser necesariamente objetivo y neutral. El significado connotativo del término, pragmáticamente apegado a la realidad, desde un principio obliga al investigador a observar el fenómeno de la pobreza con desaprobación y condena. Resulta, entonces, que con el pasar del tiempo, los discursos en forma de teoría o veredictos de opinión en torno a la pobreza aumentan el grado de desilusión y pesimismo, y tal parece que no hay manera de cambiar esta situación.

En dichos términos transcurre la vida de los pobres. La gente humilde –la que se observa, se estudia y se examina mediante la sapiencia metodológica– también se encuentra bajo la autoridad de la explicación científica y comprende su vida en los mismos términos, no únicamente como desolación y desaliento, sino también como algo meramente material. El dinero y lo que está detrás de esta representación económico-social, surge como bienestar imaginario, acaso exclusivo y medular, de la mayoría del conjunto de determinado nicho social. Otros perfiles de la vida como educación, desarrollo físico, salud y formación artística y estética –sin hablar de las actividades de recreación, comodidades, diversiones, etcétera– no se toman en cuenta o sencillamente se rezagan, pues por falta de dinero están limitados y frecuentemente son inaccesibles. Es la razón por la que la ansiedad de los pobres se centra en la ansiedad por la vida material.

La relación de la pobreza con lo exclusivamente económico se convierte en una mentalidad y, asimismo, en una actitud. Estos *modus operandi* y *modus vivendi* se conceptualizan como una *postura* que permite enfrentar la vida mísera; convirtiéndose en una ideología defensora resultan habituarse en el sentido común. Este sentir y actuar pertenecen no sólo al mundo de los pobres, también al de aquellos que se consideran ricos o acomodados, ya que practican la misma ideología, aunque desde el otro lado del abismo. Tanto para los pobres como para los ricos alcanzar el nivel económico más alto

² Quiero enfatizar la distancia entre un término y la realidad denominada mediante éste.

posible se concibe a la vez como objetivo, principio y criterio de la vida y en muchos casos, como lo único.

Parece que el binomio “pobre-rico” hace olvidar por completo otros aspectos de la vida. Los valores libres de la apreciación material contemplan los placeres, las dichas y la diversión, todo ello propio para cualquier ser humano y sin precisión de su estatuto económico-social. Asimismo, la perspectiva material puso a un lado o, mejor dicho, derogó la actitud creativa que permite no sólo sobrellevar las carencias materiales, también sublevarse a ellas.³ La carga calificadora que los especialistas tienden a dar al bienestar económico, por un lado, y los escenarios existentes poco optimistas, por el otro, crean conjuntamente esta idiosincrasia que en la actualidad sigue siendo predominante.

Es obvio, entonces, que el sentido común no puede ser cambiado pronto, ni de manera fácil, pues la tradición siempre muestra mucha resistencia y aversión frente a las conmutaciones. Seguramente, con las frases-cliché “los pobres tienen cada vez menos”, enraizadas en la conciencia contemporánea, no es una tarea sencilla modificar la percepción habitual del concepto de la pobreza ni conferirle un sentido diferente, sobre todo, un sentido que tenga un tenor más optimista y propositivo.

La reflexión que se presenta en estas páginas trata de dar un acercamiento al tema desde un punto de vista diferente, que, de hecho, no es tan nuevo en la historia del pensamiento humano. Mantengo la misma idea de que el problema de la pobreza no puede ser atendido ni resuelto sin inclusión de los principios humanísticos y estéticos.⁴ Sin negar la realidad material ni la importancia pragmática que ésta tiene, procuraré mostrar que la percepción positiva de la vida, independientemente de la situación económica, puede premiar, recompensar y estimular.

La pobreza y el sufrimiento que provoca impulsa a uno de los grandes escritores del siglo XIX, Lev Tolstóy, a expresar su punto de

³ Con la creatividad me refiero a aquel espíritu que da sentido a la vida, independientemente de las circunstancias de los artistas (en un sentido sumamente amplio de la palabra, no únicamente como profesión).

⁴ Con lo estético me refiero al mundo sensitivo del hombre, donde la sensibilidad adquiere una dimensión cultural y formativa.

vista; sus trabajos –que escogí para ilustrar mi propia opinión sobre el tema– son presentados no por un literato sino por un filósofo que revela su razonamiento y su juicio en torno a la pobreza. A propósito, Tolstóy intentó aplicar estas ideas a su conducta y vida propias.⁵ Para el conde⁶ Tolstóy, la pobreza fue objeto de una reflexión intelectual, razonada y argumentada. Esta reflexión le permite manifestarse como moralista y pedagogo. Mediante sus escritos, Tolstóy lucha contra la pobreza desde una perspectiva humanística, ética y estético-sensitiva; además, habla sobre la pobreza de manera altamente propositiva, ya que busca dar soluciones en vez de mostrar su condolencia, lástima o sentimiento de caridad a los pobres.

SOBRE LA VIDA

El tema de la pobreza está presente tanto en la obra novelística como en la vida de Tolstóy, en sus diarios (que constan de más de diez tomos), cartas⁷ y ensayos. El discernimiento de las propuestas de Tolstóy referidas a este tema implica penetración a su pensamiento filosófico. Tolstóy consideró el tratado “Sobre la vida” (1888) como uno de sus escritos más importantes. La magnitud de las ideas que expresó en este texto, su osadía y, además, el peligro que representó para las fuerzas en el poder de aquel entonces, se puede medir por el destino de esta obra. A pesar de que fue publicada en la famosa tipografía del editor Mámontov, pronto fue prohibida y, más todavía, destruida; por fortuna se conservaron tres ejemplares.

En este ensayo, Tolstóy construye una lógica de la vida humana y le busca una explicación propia, distinta a la explicación científica. En la introducción afirma que los razonamientos de la

⁵ Se conoce muy bien su actividad social durante la cruel hambruna en Rusia, la escuela que fundó para los hijos de campesinos y los manuales didácticos para los pobres, sobre todo para los niños, que escribió en forma de cuentos cortos.

⁶ Nos permitimos agregar este título aunque a Tolstóy no le gustaba cuando lo llamaban de esta manera.

⁷ En los últimos años, una parte bastante representativa de sus diarios como la del acervo epistolar fueron seleccionados, analizados y cuidadosamente traducidos por la especialista en la literatura rusa clásica Selma Ancira (Lev Tolstóy, *Diarios*, Era, México, 2003 y Lev Tolstóy, *Correspondencia*, Era, México, 2005).

ciencia contemporánea acerca de la vida, se alejaron mucho de su objetivo y se convirtieron en discusiones inútiles a semejanza de las ridículas especulaciones sobre el grueso de la cáscara del huevo de elefante, si éste hubiera sido ovíparo como las aves. Asimismo, las divagaciones científicas, escribe, recuerdan una vieja anécdota donde dos hombres empiezan a discutir sobre qué religión es mejor; uno da un palmazo en la cabeza del otro y entonces empiezan a discutir de algo diferente: de dónde provino el golpe, ¿de la cabeza o de la mano?

Dice Tolstóy que las discusiones sobre el origen de la vida provenientes de la Antigüedad tienen mucha presencia actualmente. No se ve el fin de estos razonamientos, porque su meta real está abandonada y olvidada, además, el concepto de la vida se sustituye por el problema ontológico o por algunas de sus condiciones físicas. Ahora el significado de la palabra *vida* se discute y prescinde de las características esenciales de la vida: la conciencia de sufrimientos o placeres; los impulsos hacia el bien (*blago*, en ruso), por ello las conclusiones sobre la vida no pueden sino ser falsas. En todas las actividades de la ciencia se observa más una preocupación por demostrar la verdad de un dogma, que por explorar el devenir.

Por otro lado, muchos insisten en que la ciencia, mediante estudios empírico-evolucionistas, trata todos los aspectos de la vida. Tolstóy refuta esta creencia, la llama engañosa, porque al analizar uno o varios aspectos de la naturaleza no se puede afirmar que se estudia la vida en su totalidad. Es del sentido común que la ciencia investiga la vida desde todos los puntos de vista, el problema es que cada trama tiene tantos lados cuantos radios tiene un círculo, es decir, una infinidad. Lo más importante, entonces, es determinar la secuencia: con qué empezar y con qué continuar, y este orden científico se establece con base en el sentido que se le da a la vida.

Precisamente la comprensión de la vida encamina a la ciencia. Ésta toma una dirección adulterada y corrompida si no se percibe la vida desde una perspectiva trascendente que todos tenemos, es decir, a partir de las reflexiones de qué pensamientos y emociones requerimos para dirigir todos los movimientos. A fin de cuentas, la ciencia investiga únicamente las condiciones materiales de la existencia, lo externo a la vida propia.

Asienta Tolstóy que cada ser humano vive para su bien (*blago*) y dicha. Sin esta aspiración, el hombre no puede obtener fuerzas

vitales ni estar satisfecho, ni siquiera puede imaginar su existencia. Al mismo tiempo, dos perspectivas pueden ser percibidas en la práctica de vivir. Por un lado, la noción de la vida se plasma en una experiencia particular de cada individuo, se percibe a partir de su propio ejercicio de estar en este mundo, y el *blago* que tanto anhela, es un bien personal.

Por otro lado, especialmente en la niñez e infancia, los otros seres humanos se conciben como una condición de vida propia del sujeto. El niño no desea nada, pues el sufrimiento de los demás rompe con su tranquilidad interna, mientras que el bienestar ajeno aumenta la dicha de su propia vida. Al crecer, el hombre se da cuenta de que participa en una vida mundial, donde unos dependen de otros. Sin embargo, observa que las personas consideran sólo su vida la más importante y apropiada; todos luchan entre sí en un intento de eliminar a sus adversarios. La vida, entonces, no puede ser un bien, y es más lógico que se presente como un mal aterrador.

Al transcurrir el tiempo, el individuo empieza a gozar menos de su existencia. Piensa que la vida, en realidad, es el acercamiento a un estado de derrumbe de la vida personal, acercamiento constante a la muerte. Es un momento, cuando se extermina inevitablemente toda posibilidad de algún bien para sí mismo. De aquí, sigue Tolstói, surge una contradicción. Desde un punto de vista, la vida es un *blago*, una posesión personal. Sin embargo –y es otro punto de vista–, el bien no es alcanzable: la idea sobre el fin conduce irresistiblemente a la destrucción y a los sufrimientos.

Tolstói muestra que la noción de la vida-muerte es resultado de determinada educación y formación. Las doctrinas que aseguran que la vida transcurre entre el nacimiento y la muerte son totalmente falsas. El hombre no se da cuenta de que comete un gran error poniendo en primer plano –además, único meritorio– su existencia física. Tolstói afirma lo contrario: la vida no es este periodo del tiempo que se ubica entre dos puntos: inicial y final, tampoco se define mediante una observación de lo que sucede alrededor del individuo. Dice que la vida verdadera está muy lejos de la *visibilidad* y la precisión de su ambiente físico. La vida auténtica comienza cuando la conciencia del hombre se despierta. Antes de este momento, el ser humano resguarda la supervivencia salvaje y el comportamiento de la bestia.

La conciencia despierta del hombre conduce a una percepción muy distinta, aunque el falso juicio inculcado de que la vida es un lapso entre su nacimiento y su muerte, le impide pensar de este modo. El alma animada no sólo revela la vida personal en su presente, pasado y futuro, también le abre al individuo la vida de otros seres humanos y todo el acontecer relacionado con ellos. En la condición de la conciencia despierta, el hombre no se percibe a sí mismo sometido a las relaciones de tiempo-espacio sino que se piensa unido con otros seres inteligentes y asociado recíprocamente con ellos.

La vida verdadera se encuentra en la confluencia y fusión con las conciencias razonables de otros. Este descubrimiento muestra la imposibilidad del bienestar individual y egoísta. La mentalidad nueva sugiere algo diferente a la vida utilitaria y a la práctica mezquina; el hombre empieza a resistirse a los bienes materiales; más aún, entiende que éstos, en realidad, no son alcanzables ni seguros.

La imposibilidad de conseguir prosperidad y abundancia personal se debe a tres consideraciones, dice Tolstói. La primera se refiere a la lucha de los hombres por su propio bienestar. La segunda, se debe al engaño común de que los placeres son vitales para la existencia; éstos, al contrario, llevan al gasto de la vida, a la saciedad y a los sufrimientos. La tercera está vinculada con la idea de la muerte. Todo ello va en contra de la ley que configura y ordena nuestra vida y subordina nuestro cuerpo a la inteligencia y al alma.

En efecto, la sensación de bienestar puede cambiar totalmente. Esto sucede cuando el hombre ve el mundo de manera diferente y reconoce su vida como una intención de lograr el beneficio para otros. Entonces, la lucha imprudente por el *blago* personal se reemplaza por una actividad distinta, la que va de acuerdo con las leyes superiores de la paz de la conciencia. De esta manera, la vida inútil, destinada a llenar un barril sin fondo, se transforma en la ayuda a otros seres, en la compasión y la piedad.

Así, tenemos que el sentido de la vida persiste en la mente como una tendencia hacia el bien-*blago*. El trabajo y el objetivo principal de toda la humanidad es precisar en qué consiste este bien. La tesis esencial reside en la contraposición de los principios: el egoísmo y altruismo, la vida torpe y la vida consiente. "Una actividad directamente orientada hacia el servicio a los sufrientes

y hacia la eliminación de las causas (las confusiones) comunes del sufrimiento es el único trabajo feliz que espera al hombre y le da inalienable bienestar que es pilar de su vida". Al aceptar los valores no materiales sino íntegros y justos de la vida, el miedo a la muerte desaparece para siempre.

PSICOLOGÍA Y ÉTICA

La práctica de adquisición de riqueza se ha acuñado por muchas generaciones y durante muchos siglos. Lo importante es que paralelamente se crearon las ideas y las virtudes de dignidad, honradez y conciencia. Dice Tolstói que según esta ética, que integra todas las culturas en una u otra forma, obtener los recursos con trabajo propio es encomiable y meritorio, mientras que generar riquezas sin labor personal es indecente y vergonzoso. De igual manera, cuando la riqueza surge sin el empeño propio, la obtención de ésta es infame y conduce a la corrupción y confusión de los conceptos básicos de la vida.

Además, se pregunta: ¿qué significa dar gratuitamente y de dónde tiene uno lo que quiere repartir? Probablemente, responde, estos millones de rublos que tiene un rico a su disposición, los adquirió de un modo fácil, a diferencia de los campesinos, que con su trabajo duro y de gran esfuerzo jamás obtendrán semejante cantidad. Durante el reparto gratuito, es lógico que el campesino piense que también puede conseguir millones llanamente y sin fatigas. Es indudable que dar gratis provoca un mal enorme.

Sin embargo, no se puede no ayudar y, así, no hay salida del círculo vicioso que en su esencia es falso. El asunto que quiere resolver la administración consiste en alimentar al pueblo que –ni más ni menos– es sostén de todos. Exclama sarcásticamente: "¡El bebé quiere alimentar a su nodriza!". Se ve extraño y anormal, agrega, que las clases altas, que no pueden dar ni un solo paso sin ayuda del pueblo, lo quieren mantener. ¿Acaso es difícil comprender por qué existe la hambruna? Es evidente que la pobreza del pueblo es la condición de riqueza de las clases altas. Es muy fácil ver que el pueblo está hambriento porque los grupos del poder están saciados. Todos los palacios, teatros, museos, todas las riquezas están hechas

con las manos de esta gente pobre que construye lo que ella misma no necesita y lo hace solamente por salvarse del hambre que le amenaza siempre. Esa es la situación.

El pueblo se mantiene hambriento perpetuamente. Es la forma de dominarlo, de hacerlo trabajar para las clases altas. En estas circunstancias, la "preocupación" de la sociedad por ayudar a los pobres es semejante al auxilio, durante la guerra, de la Cruz Roja: la energía de unos se dirige hacia la matanza y la energía de otros se usa para curar a los heridos. Esto puede parecer correcto si se piensa en la actividad militar, en la opresión y agotamiento del pueblo, como en un asunto cotidiano, normal. Con todo, ¿no sería más lógico no matar y así no crear instituciones que se dediquen a la salvación en vez de declarar sentimientos de afecto, de compasión hacia los asesinados y los hambrientos?

Está de moda profesar amor al pueblo, sigue su crítica Tolstói. Sin embargo, ¿para qué nos engañamos si entre la gente rica y la gente pobre, entre el *barin* y el *muzhik*, se encuentra un abismo infranqueable. Aun cuando miles de hombres mueren de hambre, ¿los mercaderes, los pudientes o los acomodados dejaron de mandar al pueblo al trabajo difícil y pernicioso, dejaron de comer la comida cara, dejaron de vivir lujosamente?, ¿acaso los burócratas y funcionarios dejaron de recibir su sueldo, y los intelectuales (en este caso, los que no trabajan con las manos), viviendo en las ciudades, dejaron de "tragar" los recursos por los cuales mueren los campesinos?, ¿para qué nos engañamos a nosotros mismos, dice Tolstói? Al pueblo lo necesitamos únicamente como instrumento, como caballo de fuerza.

Si alguien de nuestro círculo –escribe– verdaderamente quiere servir al pueblo, lo primero que tiene que hacer es comprender y definir de manera muy clara y concreta su relación con este pueblo: si verdaderamente se compadece al caballo, uno debe bajarse y caminar con sus propios pies. Además, se requiere regresar a los campesinos lo que se les quitó y destruir la frontera que separa a un grupo de otro dentro de la sociedad.

La convicción de Tolstói está en el reconocimiento del derecho de cada miembro de la sociedad para tener el bien-*blago*: más lo merece quien es sostén de la vida, pero todo se presenta al revés –el que trabaja muere de hambre, y la pobreza crece. La causa esencial de esta situación, asevera, no se encuentra en el terreno económico, por

el contrario, la miseria se descubre primordialmente en la condición estética y anímica del hombre.

Los militares saben que el factor espiritual, no tangible ni material, es el primer y principal requerimiento del éxito sin el cual se hacen inútiles los demás. Lo mismo se observa en la lucha con las catástrofes naturales: cuando desaparece el ánimo o la esperanza de algún mejoramiento de la vida y al mismo tiempo surge la sensación de los esfuerzos gastados en vano, nadie puede vencer a la naturaleza. Es así como se siente un *muzhik*, que se adapta a la situación abatida: ya no combate y actúa solamente como le ordena su instinto de sobrevivencia. Ve sus condiciones como un problema sin solución, y la desgracia de su situación provoca la caída de su ánimo.

En los campesinos, que sufren de miseria y hambruna, se descubren muchos síntomas de desaliento. El primero se ve en la indiferencia absoluta a lo ético-moral, psicológico, intelectual, estético, es decir, a todo lo inmaterial. El segundo se refiere a la rutina de la vida, a no querer cambiar los hábitos ni la situación existente. El tercero se manifiesta en la repugnancia a la labor rural, no por pereza, sino por la apatía, disgusto y tristeza. Entonces, la causa de la situación calamitosa del pueblo se debe a la pérdida del ánimo, de la esperanza y de la seguridad en su propia fuerza.

Tolstói, que siempre mostró su postura activa en la vida, propone una salida de la miseria. Dice que se debe dejar de despreciar e insultar al pueblo. Hay que abrirle el acceso a la educación, darle la libertad de traslado,⁸ de religión, etcétera. Se debe hacerlo sujeto de leyes comunes y no de leyes especiales. Está claro que no se puede resolver el problema de la pobreza regalando una vaca, un caballo o un costal de trigo si los campesinos se quedan con las mismas escuelas, con los mismos *kabaks* (cantinas, en ruso), con el mismo clero. En cambio, si los campesinos se liberan de las cadenas que los amarran, dentro de 20 años adquirirán por su propia cuenta toda esta riqueza con la que los quieren premiar las clases altas.

Se eliminará la pobreza, asegura Tolstói, porque el verdadero conocimiento, la inteligencia, la razón y el talento que necesita el

⁸ En la Rusia zarista, los papeles de identificación de los campesinos rusos se encontraban en manos de los hacendados cuyas tierras trabajaban, y sin ellos no podían ir a ningún lugar.

hombre, se encuentran más fácil entre los campesinos que entre los burócratas. La experiencia muestra que los campesinos que están bajo el control burocrático de los centros, se empobrecen: cuanto menos se someten a su influencia –cuanto más alejados de los centros administrativos viven–, están en mejores y más favorables condiciones. Dice Tolstói: si el pueblo no se fortalece de ánimo, si no eleva su energía interna, si no se alienta, nada le podrá ayudar, ninguno de los remedios.

SOBRE EL HAMBRE Y LA POBREZA

En la década de 1890 en Rusia, varias veces se presentó un grave problema, la hambruna, que empeoró más por la pérdida de cosechas, consecuencia de las severas condiciones climáticas. Algunos terratenientes y liberales intelectuales comenzaron a organizar ayuda por su propia cuenta e independientemente del gobierno. Sin embargo, no lograron contribuir ni en lo mínimo y todos los esfuerzos finalmente se redujeron a discursos inútiles.

El conde Tolstói, quien conocía muy bien y de cerca la vida de los campesinos, quien vivía su vida, se indignó y empezó a crear fondos provenientes de donativos. Otra forma de su lucha contra esta trágica situación, ahora personal, fueron los escritos sobre, en sus propias palabras, “algo, que llegara al alma de los ricos”. Así, en 1891 apareció el ensayo “Sobre la hambruna”,⁹ que fue prohibido para su publicación por su fuerza crítica en contra de las injusticias existentes y por el tono con que el autor se dirigió al régimen.

Repetido el desastre en 1898, Tolstói escribe de inmediato otro ensayo: “Hay hambruna o no la hay”. En el escrito, que anhelaba publicar en un periódico que, como creía, revisaba el zar, expresó su protesta frente a las acciones del gobierno. Éste, atemorizado por el ascenso del movimiento revolucionario, se esforzaba insistentemente en convencer de que la situación no era tan grave, tampoco que había hambruna. A pesar de la fama mundial de Tolstói, ningún órgano oficial lo aceptó –ni con muchas omisiones de censura– el ensayo finalmente fue publicado en una revista liberal moderada.

⁹ La primera publicación del ensayo completo fue realizada en inglés en *Daily Telegraph*.

En estos textos, igual que en múltiples cartas y en sus diarios, el escritor manifestó su pensamiento incisivo y su opinión acusadora sobre las miserables condiciones del campesinado, que constituía la mayoría de la población rusa en aquella época. Tolstóy criticó la actitud de la administración, que demostró su total y absoluta indiferencia a la vida del pueblo. También acusó al *zemstvo* (administración local y provincial dirigida por la nobleza y burguesía) por su ineptitud, revelando –escribe– su arrogancia y estupidez, en la solución de los problemas de la miseria, el hambre y de las necesidades vitales de la población.

Anuncia Tolstóy que la administración realmente tomó múltiples medidas para vencer la hambruna de 1891. Con tal objetivo fueron organizados comités que distribuían alimentos y que instalaban comedores populares; se reunía información sobre las condiciones de los campesinos, se discutían las formas y los volúmenes de obtención de los recursos, se pensaba sobre la conservación del grano para los periodos de invierno y primavera. Además, por todo el país se recopilaban donativos mediante las asociaciones civiles, religiosas, privadas; se retiraba cierto porcentaje de los sueldos de funcionarios; se establecían centros de la Cruz Roja, etcétera. En estas circunstancias, a pesar del grado excesivamente alto de tensión, que sólo puede desaparecer, pero no convertirse en productividad, las actividades de la administración, del *zemstvo* y de la sociedad no dieron resultados significativos.

¿Por qué, entonces –se pregunta Tolstóy– las acciones no tuvieron el efecto que se esperaba? La causa –responde– no se encuentra en la cantidad de medidas, sino en el ambiente psicológico y en la idea que se tiene sobre el pueblo y sus necesidades. Lo que se propuso, dice Tolstóy, fue la repartición de cierta cantidad de alimentos –únicamente para que la gente no muriera de hambre–, pero no se estableció ni se comprendió el tamaño real del problema. Entonces, no debe extrañar la ausencia de resultados –la gente seguía rechazando el trabajo y emborrachándose más de lo común.

Tolstóy hace múltiples viajes por el país, compara la situación en diferentes partes y llega a una conclusión penosa. La hambruna de 1891 no es una consecuencia de desastres climáticos –el pueblo vive en una situación interminable de pobreza, así fue siempre y es difícil pensar que en estas condiciones pueda hacer un esfuerzo para ayudarse a sí mismo.

¿Hay o no hay la hambruna? Si realmente hay, ¿de qué tamaño debe ser la ayuda? Al responder estas preguntas se manifiestan tropiezos y desacuerdos. Éstos se deben a los criterios de evaluación de las condiciones de vida del campesino. Tolstóy sostiene que para definir su situación económica no se debe calcular el monto de propiedad. El precepto fundamental, considera, es el trabajo, pues justamente éste determina el principal ingreso del trabajador.

El cabeza de familia y todos los miembros trabajan, y el ingreso se compone de sus diferentes tipos de actividades: labores en la tierra, pastoreo, tejidos, ayudantías en algo, etcétera. Los gastos también son múltiples y de ninguna manera se limitan sólo a los alimentos, ya que tienen que comprar ropa, calzado, regalitos para los niños, trastos, sal,¹⁰ tabaco; dar mantenimiento a las herramientas, organizar fiestas, bodas, entierros, peregrinaciones, etcétera; además, no se puede olvidar que cada individuo tiene sus propias debilidades y gastos personales.

¿Cómo se puede calcular el ingreso de la familia campesina, a quién de todos hay que ayudar y con qué cantidades? Para decirlo, ironiza Tolstóy, sólo será correcto invitar a un profeta que prescriba qué personas quedarán vivas, sanas y encontrarán trabajo y, por el contrario, quién se enfermará y perderá sus ingresos. Por desgracia, los adivinos de esta calidad no existen y por lo tanto, no se puede predecir nada. Entonces, la misma idea de distribuir justa y correctamente el subsidio gratuito no es sólo difícil, sino imposible. La inacción y holganza física, normal para las ciudades, es un desastre para el campesino.

La gente que analiza superficialmente las relaciones entre los pobres y los ricos, suele pensar que habría que entregar una parte de la riqueza a los necesitados para hacer felices a todos. Aquí está un gran error, asegura Tolstóy. Por un lado, es imposible encontrar las señales externas de felicidad; por el otro, la entrega de lo gratuito despierta las peores pasiones en cualquier ser humano. Al concluir estos razonamientos, que se basan en una lógica innegable, Tolstóy conduce a su lector a las consideraciones de otra índole; con éstas

¹⁰ La sal fue muy cara en Rusia. El dicho: “comer un *pud* (16.3 kg) de sal” significa “vivir mucho tiempo”, ya que la sal se consumía en cantidades mínimas hasta mediados del siglo XX.

introduce los principios de ética y moral en el problema de solución de la pobreza.

CODA

Las épocas de los fuertes y amplios movimientos político-sociales, de la acción revolucionaria desplazan el discurso filosófico, apartan la palabra universalista. No es extraño, entonces, que el ángulo, desde el cual Tolstói propone pensar el problema de la pobreza, no fue –ni pudo ser– aceptado por las corrientes políticas transformadoras. Hoy, en cambio, estamos en un momento relativamente estable para dedicar suficiente tiempo a la reflexión, al discurso y a la introspección.

Precisamente con esta tónica se propuso en este trabajo el pensar filosófico de este gran escritor y filósofo. Creo que es de suma importancia resaltar, poner en primer plano el problema de la autoconciencia, el concebirse a sí mismo del hombre, de la construcción con sus propias manos de su yo profundo, inseparablemente vinculado con el universo de cosas-objetos y de individuos-sujetos que lo rodean. El problema de la pobreza, que implacablemente se agudiza, se comprenderá de una manera distinta (al estilo de Tolstói) y se le podrían encontrar soluciones inesperadas. Si los expertos en la materia y la gente ordinaria (sin la distinción de su estatuto económico-social) tuvieran conciencia de lo esencial, lo imprescindible y lo trascendente de la vida, abordarían este mal mundial desde la perspectiva de que el *biensentir* ampara y vale más que el bienestar material del hombre.

BIBLIOGRAFÍA

- Montaigne de, Michel (2000), *Maestro de la vida*, Debate, Madrid.
- Tolstói, Lev (1888), “Sobre la vida”, *Obra selecta*, vol. 17, Judozhestvennaia literatura, Moscú, 1984, pp. 7-135
- (1891), “Sobre la hambruna”, *Obra selecta*, vol. 17, Judozhestvennaia literatura, Moscú, 1984, pp. 139-170
- (1898), “Hay hambruna o no la hay”, *Obra selecta*, vol. 17, Judozhestvennaia literatura, Moscú, 1984, pp. 177-192.